

El Rombo

## Kakademia, IV

### XIII

El Metepatas  
no falta jamás  
en un Departamento  
bien ordenado.  
El nuestro  
es blancuzco  
y cuatro ojos,  
y nunca está  
donde debe  
pero destroza  
cualquier equilibrio de tendencias  
trabajosamente alcanzado  
al llegar tarde y preguntar  
lo primero y sin mirar  
Qué hay de lo mío.  
Todos somos hipócritas  
y le tratamos  
como a cualquiera  
deseando, sin embargo,  
que Dios le confunda  
o se lo lleve  
con nuestros

queridos  
enemigos.

#### XIV

Los cuchillos se afilan  
si hay concursos  
a la vista  
por unas pocas,  
miserables, plazas.

Amigos desde siempre  
buscan  
y encuentran  
razones para odiarse,  
sobre todo  
cuando no hay  
juego limpio;  
sí, impertérrito lector:  
a veces  
y no insólitamente  
el pescado  
está vendido  
de antemano  
y hasta hiede;  
entonces se necesita  
valor  
para denunciar

la farsa,  
pues hasta los magníficos  
rectores  
se te echarán encima  
y exquisitos  
colegas  
neutrales  
dirán  
que rompes  
la baraja.

## **XV**

Tenía yo  
una admiradora  
en México,  
una profesora;  
leía, se me dijo  
cuanto yo publicaba.  
Mi decano fue de gira  
por allí  
y ella se congratuló  
con él  
a mi propósito.  
¡Qué va! —dijo el ínclito decano—  
Está gagá,  
escribe tonterías

y nadie le hace caso.

Cuando otro viajero

le dijo no ser cierto

nada de eso

la profesora

aliviada

me mandó

ánimos y

recuerdos.

¡Para una que tengo

ni sé cómo se llama!

## XVI

El punto más alto

*(et pour cause)*

de mi digamos

trayectoria

iba a alcanzarlo cuando

subido a la cátedra

demasiado elevada,

más bien púlpito,

de aquel malhadado

y feo Paraninfo

por motivos rituales

debía disertar.

Mas el coro arrancose

interponiéndose  
con el *Veni Creator*,  
y yo  
para estar a la altura  
de tan insólita circunstancia  
—el Santo Espíritu por mi boca—  
decidí levitar  
subiendo paso a paso,  
insensiblemente,  
escalón a escalón  
un escabel  
que había allí por si el orador era bajito,  
hasta que mis tobillos  
cubiertos por la toga  
quedaron casi al borde de la barandilla  
y yo a un tris  
de romperme  
la crisma.  
Así levité  
a la vista de todos.  
Calló el coro,  
y me puse a salvo también yo;  
operé lentamente,  
como correspondía.  
Mas comprendí *ipso facto*,

en el mismísimo momento  
de tomar tierra  
que el espíritu  
sólo me había soplado  
el muy avaro  
palabras insulsas,  
cortas, catetas,  
cacasenas,  
del todo insuficientes  
para loar a un grande  
como  
Pietro Ingrao,  
*doctor honoris causa.*